

## **Movilidad Responsable, valores en movimiento**

**PONENCIA DE JOSÉ ANTONIO MARINA**

Pronunciada el lunes 5 de mayo de 2008

¿Cómo es que siendo tan inteligentes nos comportamos tan estúpidamente en las carreteras? Esta provocadora pregunta fue la que guió la exposición del educador José Antonio Marina, en el marco del Ciclo de Conferencias sobre Movilidad Responsable, valores en movimiento, realizado en Valencia por la Fundación Abertis.

Marina afirmó que en gran parte la respuesta a esta pregunta se debe a nuestras creencias y sentimientos. Mientras las primeras son las que nos llevan a desarrollar determinadas conductas, los segundos, son los encargados de asignarle valor a nuestras acciones, y con ello, evidenciar y reproducir los valores que nos mueven, no sólo en la carretera, sino en todos los ámbitos de la vida.

No obstante, el especialista precisó que esas creencias, conductas, sentimientos y, por tanto, valores, son situados, pues pueden cambiar en los diferentes roles sociales que desempeñamos. Así, por ejemplo, la persona que conduce no tiene los mismos sentimientos y conductas que cuando está en su lugar de trabajo. Por este motivo, señaló que para contribuir a la eliminación de los accidentes de tráfico, es necesario estudiar y analizar esas bases.

Concretamente Marina enfatizó en la necesidad de apelar y reforzar el valor de la responsabilidad, pues ésta constituye el fundamento básico del propio desarrollo ético humano y de la convivencia social. Esto es, que cada persona sea consciente de sus actos y de las consecuencias que éstos pueden provocar, tanto a uno mismo, como a quienes le rodean.

Lamentablemente –indicó el experto- en el ámbito de la movilidad, y concretamente en los accidentes de tráfico parece que dicha responsabilidad se diluye en una serie de actores o situaciones que incluso se le atribuyen al azar. De esta manera, explicó, la persona que fruto de su irresponsabilidad, por ejemplo, al conducir bajo los efectos del alcohol, ha matado a alguien, no se siente del todo culpable, porque muchas veces no es consciente del daño que ha ocasionado, no sólo a una persona individual y a su familia, sino a toda la sociedad, al ignorar la norma fundamental de la convivencia, la responsabilidad.

Actualmente la forma de resolver estas faltas sociales es apelando a la ética personal, o en su defecto a los reglamentos penales; sin embargo, hay otro elemento que, aunque ha perdido fuerza, según Marina, vale la pena recuperar: la presión social. Se trata de que ciertas conductas sean tan ampliamente rechazadas por toda la ciudadanía, que nadie se atreva a realizarlas por temor y respeto al repudio generalizado. Ejemplo de ello es lo que se ha logrado con el hábito de fumar en determinados espacios públicos, en los que, cada vez

más, surgen voces de repudio que consiguen que los fumadores se repriman. Según el ponente, hay que conseguir que ocurra lo mismo con el hábito de beber alcohol antes de conducir.

Conducción y sentimientos se vinculan también en el caso de algunas personas que Marina denominó “buscadores de emociones”, que son aquellas que tienen una enorme incapacidad para soportar el aburrimiento, lo cual les lleva a buscar permanentemente situaciones excitantes que les mantengan animados y enérgicos. Estas personas requieren altas dosis de adrenalina en su organismo, por eso están en una constante búsqueda de situaciones límite. Este modo de funcionamiento, explicó el experto, forma parte del esquema de personalidad de estas personas, de ahí que desarrollen conductas de riesgo no sólo al conducir, sino en muchas otras situaciones en las que se ponen a prueba los límites personales y sociales.

Para nadie es un misterio que la sensación de velocidad, y más aún la de control de ésta, produce gratificación, y como toda conducta que tiene asociado un premio, tendemos a repetirla. O una variante de ésta, la sensación de relajación al conducir, que experimentan muchas personas. En ambos casos - precisó Marina- son los sentimientos los que determinan la conducta, por este motivo, afirmó, es necesario apelar a otros elementos de regulación de la conducta para modificarlas, como es el caso de la ya mencionada responsabilidad personal y social.

Cuando se trata de resolver este tipo de problemáticas, se suele poner la mirada en la escuela como espacio privilegiado para incorporar nuevos criterios y valores; sin embargo, el ponente sostuvo que no sólo dichas instituciones son las encargadas de esta labor, sino que lo es la sociedad en su conjunto.

Consciente de esta realidad, Marina señaló que desde hace algunos años viene estudiando y promoviendo lo que ha denominado una “movilización educativa de la sociedad”, es decir, la necesidad de que los diferentes actores sociales se articulen y coordinen para transmitir determinados valores o conseguir objetivos educativos específicos. Como ejemplo de esta propuesta Marina relató la experiencia de un pueblo donde desde el ayuntamiento se promovió un plan educativo que involucraba a toda la población, desde los jardineros del parque, hasta la policía local. De este modo, señaló el ponente, se fortalecen los lazos de la comunidad y se refuerza la responsabilización que todos tenemos, en la educación de los niños y adolescentes.

Al finalizar su intervención, José Antonio Marina animó a los asistentes al ciclo de conferencias y a través de ellos, a todos los que trabajan por la disminución de los siniestros de tráfico, a que no se desanimen, pues, pese a que muchas veces las cifras de mortalidad no sean favorables, no deben perder de vista que su trabajo no sólo busca modificar las estadísticas, sino construir una sociedad más justa y más responsable, donde el respeto y la responsabilidad sean la motivación principal de todos los ciudadanos. Y eso, afirmó, es muy importante.